

1

*E*l eco de las voces del comedor sube por la escalera de nogal, vago, vibrante, molesto. Con manos temblorosas, cierro la puerta a mis espaldas. Mi mundo se sume en el silencio. Apoyo la cabeza en la puerta y respiro profundamente. La habitación todavía huele a ella; al perfume Eau d'Hadrien y a jabón de leche de cabra. Su cama de hierro cruje cuando me acurrucó sobre el edredón, un sonido tan reconfortante como el tintineo de los carillones de su jardín o su voz sedosa cuando me decía que me quería. Yo venía a esta cama cuando ella la compartía con mi padre, quejándome de dolor de barriga o de que había monstruos debajo de mi cama. En cada ocasión mamá me hacía un sitio, me abrazaba con fuerza y me acariciaba el pelo, mientras me susurraba: «Habrás otro cielo, mi amor, sólo tienes que esperar». Y entonces, como por arte de magia, a la mañana siguiente me despertaba cuando las cintas de ámbar atravesaban mis visillos.

Sacudo los pies para deshacerme de mis nuevos zapatos de salón negros y me doy un masaje, aliviada. Reculo y me arrellano en los cojines de cachemir amarillo. Me quedaré con esta cama, decido. La quiera quien la quiera, es mía. Pero echaré de menos esta antigua y elegante casa adosada de piedra arenisca. «Es resistente como la abuelita», decía mamá de su hogar. Pero, para mí, nunca ha habido casa ni persona tan sólida como la hija de la abuelita, mi madre, Elizabeth Bohlinger.

De pronto se me ocurre una idea. Reprimiendo las lágrimas, salto de la cama. Lo escondió aquí, sé que lo hizo. Pero ¿dónde? Abro de par en par la puerta de su armario. Mis manos palpan a tientas tras los trajes y vestidos de marca. Aparto las camisas de seda de una barra y éstas se abren como las cortinas de un teatro. Allí está, acurrucada en su zapatero como el bebé en su cuna. Una

botella de champán Krug, recluida en su armario durante los últimos cuatro meses.

En cuanto la tengo en mis garras, me invade la culpa. Este champán es de mamá, no mío. Despilfarró el dinero en la botella de precio desorbitado cuando volvíamos a casa tras su primera visita al médico, y la escondió inmediatamente para que no se confundiera con las botellas normales del piso de abajo. Era un símbolo de promesa, se justificó. Al finalizar el tratamiento, cuando le dieran el alta, abriríamos juntas el excepcional champán para celebrar la vida y los milagros.

Acaricio con el dedo el papel de aluminio plateado y me muerdo el labio. No puedo beberme este champán. Era para un brindis festivo, no para una hija afligida demasiado debilitada para asistir a una comida funeraria.

Algo más me llama la atención, metido entre el hueco donde he encontrado el champán y un par de mocasines de ante. Lo cojo. Es un cuaderno rojo y delgado, un diario, intuyo, precintado con una cinta amarilla descolorida. La tapa de cuero está agrietada y desgastada. «Para Brett —ha escrito mamá en una etiqueta de regalo en forma de corazón—. Guarda esto para un día en que te sientas más fuerte. Hoy, brinda por nosotras, cariño. ¡Menudo dúo formábamos! Te quiere, mamá.»

Con el dedo sigo la letra, nunca tan pulida como cabría esperar de alguien tan bello. Me duele la garganta. Pese a su promesa de un final feliz, ella era consciente de que llegaría el día en que yo necesitaría que me rescataran. Me ha dejado su champán para hoy, y un fragmento de su vida, sus reflexiones y pensamientos íntimos, para mañana.

Pero no puedo esperar a mañana. Miro el diario fijamente, ansiosa por leer ahora mismo las palabras de mi madre. Un rápido vistazo nada más, eso es todo. Sin embargo, al tirar de la cinta amarilla una imagen de mi madre cobra forma. Está sacudiendo la cabeza, desaprobando con dulzura mi impaciencia. Miro su nota, en la que me dice que espere hasta tener más fuerzas, y me debato entre mis deseos y los suyos. Al final dejo el diario.

—Esperaré —susurro, y deposito un beso en la cubierta—, por ti.

Un gemido sale de mi pecho, resquebrajando el silencio. Me llevo la mano a la boca para sofocarlo, pero es demasiado tarde. Doblo el tronco, abrazándome las costillas, y me retuerzo literalmente de pena por mi madre. ¿Cómo voy a ir por el mundo sin ella? ¡Me queda tanta hija dentro!

Cojo el champán. Lo descorcho sujetando la botella entre las rodillas. El corcho sale disparado por la habitación y vuelca un frasco de Kytril de la mesilla de noche de mi madre. ¡Su medicamento contra las náuseas! Me agacho como puedo y recojo las pastillas triangulares, cerrando los puños con fuerza, mientras recuerdo la primera vez que le di una a mamá. Acababa de someterse a su primer tratamiento de quimioterapia y pretendía mostrarse valiente por mí. «Me encuentro bien, de verdad. He tenido retortijones menstruales más dolorosos.»

Pero aquella noche, las náuseas la sacudieron como un tsunami. Se tragó la pastilla blanca y más tarde pidió otra. Yo me acosté con ella mientras el fármaco afortunadamente hacía efecto y concilió el sueño. Me acurruqué a su lado, en esta misma cama, y le acaricié el pelo y la abracé con fuerza, como ella había hecho conmigo tantas veces. Y entonces, rota por la desesperación, cerré los ojos y le supliqué a Dios que curase a mi madre.

No me escuchó.

Las pastillas caen de la palma de mi mano y entran en el frasco de plástico de la farmacia. Dejo la tapa medio abierta y coloco el frasco en el borde de la mesilla, cerca de su cama, para que ella pueda alcanzarlo con facilidad. Pero no... mamá se ha ido. Nunca volverá a tomarse otra pastilla.

Necesito el champán.

—Por ti, mamá —susurro, mi voz quebrada—. Estaba tan orgullosa de ser tu hija. Lo sabías, ¿verdad?

En cuestión de segundos la habitación da vueltas, pero mi dolor se calma, afortunadamente. Dejo la botella de champán en el suelo y retiro el edredón de plumas. Las frías sábanas huelen ligeramente a lavanda. Parece decadente acostarse aquí, lejos del montón de des-

conocidos que hay un piso más abajo. Me hundo bajo las sábanas, concediéndome sólo un momento más de silencio antes de volver a bajar. Sólo un minuto más...

Unos fuertes golpes en la puerta me sacan de mi sopor. Me incorporo. Tardo un segundo en situarme... ¡Mierda, la comida! Salgo de la cama disparada y tropiezo con la botella de champán mientras me tambaleo hasta la puerta.

—¡Ay, maldita sea!

—¿Estás bien, Brett? —pregunta mi cuñada Catherine desde la puerta abierta. Antes de que pueda responder, ahoga un grito y entra corriendo en la habitación. Se agacha delante de la alfombra húmeda y levanta la botella—. ¡Santo Dios! ¿Has tirado un Clos du Mesnil de 1995?

—Primero me he tomado un buen trago. —Me dejo caer junto a ella y froto la alfombra oriental con el dobladillo de mi vestido.

—¡Por Dios, Brett! Esta botella cuesta más de setecientos dólares.

—¡Oh...! —Me levanto con dificultad y miro mi reloj con los ojos entornados, pero los números están todos borrosos—. ¿Qué hora es?

Ella se alisa el vestido de lino negro.

—Son casi las dos. Están sirviendo la comida. —Me retira un rizo suelto detrás de la oreja. Pese a que le saco tranquilamente unos trece centímetros, aun así consigue hacer que me sienta como si fuera su bebé despeinado. Casi estoy esperando que se lama los dedos y me atuse el remolino—. Estás muy demacrada —constata mientras me coloca bien el collar de perlas—. Tu madre sería la primera en decirte que tienes que cuidarte a pesar del dolor.

Pero eso no es verdad. Mi madre me diría que estoy guapa, aunque se me haya corrido el maquillaje. Insistiría en que la humedad ha realizado mis largas ondas caoba, sin crear un revoltijo estropajoso, y en que mis ojos hinchados y enrojecidos siguen siendo los ojos castaños y conmovedores de un poeta.

Siento la amenaza de las lágrimas y me giro. ¿Quién me levantará la moral ahora que mi madre se ha ido? Me agacho para coger la botella vacía, pero el suelo oscila y se bambolea. ¡Dios mío! Estoy en un velero en medio de un ciclón. Me agarro del marco de la cama como si fuera mi cuerda de salvamento y espero a que pase la tormenta.

Catherine ladea la cabeza y me observa mientras se golpetea el labio inferior con su uña de impecable manicura.

—Oye, cielo, ¿por qué no te quedas aquí? Te subiré un plato.

¿Cómo voy a quedarme? Es la comida funeraria por mi madre. Tengo que bajar. Pero la habitación está borrosa y no encuentro los zapatos. Doy vueltas en círculo. ¿Qué estaba buscando? Me tambaleo hasta la puerta, descalza, y entonces me acuerdo.

—Muy bien, zapatos. Salid, salid de dondequiera que estéis. —Me agacho y miro debajo de la cama.

Catherine me agarra del brazo y me levanta.

—Brett, ya vale. Estás borracha. Te meteré en la cama y así podrás dormirla.

—¡No! —Me suelto—. No puedo perderme la comida.

—¡Claro que sí! Tu madre no querría que...

—¡Ajá! Aquí están. —Cojo mis nuevos zapatos negros de tacón y trato de meter los pies dentro. ¡Dios! Me han crecido dos números en la última hora.

Vuelo por el pasillo lo mejor que puedo, con los pies medio dentro, medio fuera de los zapatos. Con las dos manos alargadas para mantener el equilibrio, me tambaleo de una pared a otra, como la bola de una máquina de *pinball*. A mis espaldas oigo a Catherine. Su voz es seria, pero no sube el tono, como si estuviese hablando entre dientes.

—¡Brett, para ya!

Si se cree que voy a saltarme la comida funeraria, está loca. Tengo que honrar a mi madre. Mi maravillosa y dulce madre...

Ahora estoy en la escalera, intentando aún embutir los pies hinchados en estos zapatos de salón tipo Barbie. Estoy a mitad de escalera cuando se me tuerce el tobillo.

—¡Ay...!

Una multitud de invitados, todos los cuales han venido para rendir homenaje a mi madre, se giran de golpe para mirarme. Vislumbro a mujeres horrorizadas que se llevan la mano a la boca, y a hombres boquiabiertos que se apresuran a cogermé.

Aterrizo en el recibidor, el vestido negro a medio muslo y con un zapato menos.

El entrecostar de platos me despierta. Me enjugo la baba de la comisura del labio y me incorporo. La cabeza me da punzadas y la sien espesa y embotada. Parpadeo varias veces y miro alrededor. Estoy en casa de mi madre. Estupendo. Me dará una aspirina. Me fijo en que el salón está en sombra, y los camareros pululan por ahí, amontonando platos y vasos en cubos de plástico marrones. ¿Qué está pasando? Esto me sacude como el golpe de un bate de béisbol. Se me anuda la garganta y me tapo la boca. Todo el dolor, cada ápice de angustia y tristeza me invade de nuevo.

Me han dicho que una batalla larga contra el cáncer es peor que una corta, pero no tengo claro que esto valga para los que nos quedamos. El diagnóstico y la muerte de mi madre se produjeron a tal velocidad que casi parece surrealista, como una pesadilla de la que despertaré con un grito de alivio; por el contrario, casi siempre me despierto habiendo olvidado la tragedia y me veo obligada a revivir la pérdida una y otra vez, como Bill Murray en *Atrapado en el tiempo*. ¿Me sentiré bien algún día sin que la única persona que me quiere incondicionalmente forme parte de mi vida? ¿Llegaré a ser capaz de pensar en mi madre sin que se me encoja el pecho?

Mientras me masajeo las sienes doloridas me asaltan breves fragmentos de borrosas instantáneas, que recrean mi humillante fiasco en las escaleras. Me quiero morir.

—¡Eh, dormilona! —Shelley, mi otra cuñada, viene hacia mí con Emma, de tres meses, en brazos.

—¡Oh, Dios mío! —me lamento, y hundo la cabeza en las manos—. Soy una idiota.

—¿Por qué? ¿Te crees que eres la única persona que ha estado piripi alguna vez? ¿Cómo tienes el tobillo?

Levanto una bolsa de hielo prácticamente derretido de mi tobillo y giro el pie en círculos.

—No tengo nada. —Sacudo la cabeza—. Se curará mucho antes que mi ego. ¿Cómo he podido hacerle algo así a mi madre? —Dejo caer la bolsa de agua helada al suelo y me levanto del sofá—. En una escala del uno al diez, Shel, ¿hasta qué punto hice el ridículo?

Ella me da una palmada.

—Les dije a todos que estabas agotada. Y se lo tragarón. Fue fácil inventarse ese cuento, porque tenías pinta de llevar semanas sin dormir. —Echa un vistazo a su reloj—. Oye, Jay y yo nos vamos ya, son las siete pasadas.

Diviso a Jay en el recibidor acucillado frente a su hijo Trevor, de tres años, para meterle los bracitos en un impermeable amarillo chillón con el que parece un bombero en miniatura. Sus ojos de color azul cristalino se cruzan con los míos y suelta un grito.

—¡Tía Blett!

Se me rompe el corazón y albergo secretamente la esperanza de que mi sobrino nunca aprenda a pronunciar las erres. Camino hasta él y le revuelvo el pelo.

—¿Cómo está mi chicarrón?

Jay abrocha el cierre metálico del cuello de Trevor y se incorpora.

—¡Tú por aquí! —Si no fuera por las reveladoras arrugas que flanquean los hoyuelos de su sonrisa, mi hermano parece más cerca de los veintiséis que de los treinta y seis años que tiene. Me rodea con un brazo—. ¿Te ha sentado bien la siesta?

—¡Cuánto lo siento! —exclamo mientras me retiro una escama de rímel de debajo del ojo.

Me planta un beso en la frente.

—No te preocupes. Todos sabemos que la que lo está pasando peor eres tú.

Lo que quiere decir es que, de los tres hermanos Bohlinger, yo

soy la que aún está soltera, la que no tiene familia propia. Era la que más me apoyaba en mamá. Mi hermano se compadece de mí.

—Todos estamos tristes —digo apartándome.

—Pero tú eras su hija —dice mi hermano mayor, Joad. Dobla la esquina del recibidor, su cuerpo enjuto prácticamente oculto por un ramo de flores colosal. A diferencia de Jay, que se peina el pelo cada vez más ralo hacia atrás, Joad se afeita la cabeza dejándola suave como un huevo, lo cual, junto con sus gafas de montura transparente, le da un aire bohemio-urbanita. Se gira y me da un besito en la mejilla—. Las dos tenáis un vínculo especial. No sé qué habríamos hecho Jay y yo sin ti, sobre todo al final.

Es verdad. Cuando a nuestra madre le diagnosticaron un cáncer de ovarios la primavera pasada, la convencí de que lo combatiríamos juntas. Fui yo quien cuidó de ella después de la operación, quien estuvo a su lado en cada tratamiento de quimio, quien insistió en tener una segunda y luego una tercera opinión. Y cuando todos los expertos coincidieron en que su pronóstico era desalentador, fui yo quien estuvo con ella el día en que decidió dejar los tratamientos atroces.

Jay me aprieta la mano, sus ojos azules brillan por las lágrimas.

—Estamos contigo, lo sabes, ¿verdad?

Asiento y saco un pañuelo de papel del bolsillo.

Shelley interrumpe nuestra silenciosa aflicción apareciendo en el recibidor con la bolsa del cochecito de Emma a cuestas. Se vuelve hacia Jay.

—Cariño, ¿podrías coger ese árbol de jade que han enviado mis padres? —Mira a Joad y luego a mí—. Vosotros no lo queréis, ¿verdad, chicos?

Joad señala con la cabeza el jardín botánico que lleva en los brazos, por si a ella le ha pasado desapercibido.

—Ya tengo mi planta.

—Llévatelo —digo. Me desconcierta que a alguien le importe una planta cuando nuestra madre acaba de morir.

Mis hermanos y sus mujeres salen alicaídos de la casa adosada de nuestra madre al atardecer neblinoso de septiembre mientras yo

aguanto la puerta de palisandro abierta, como solía hacer mi madre. Catherine, que está remetiéndose un pañuelo de Hermès en su chaqueta de ante, es la última en pasar.

—Nos vemos mañana —me dice, plantándome un beso rosa fucsia en la mejilla.

Yo refunfuño. Como si decidir quién se queda con qué planta no fuese suficientemente divertido, mañana por la mañana a las diez y media todos los activos de nuestra madre se repartirán entre sus hijos como si fuese la ceremonia de los premios Bohlínger. En cuestión de horas me convertiré en la presidenta de Cosméticos Bohlínger y jefa de Catherine; y no tengo la más mínima seguridad de que pueda manejar bien ninguna de las dos cosas.

*E*l caparazón tormentoso de la noche se agrieta, dando paso a una mañana de cielo azul y despejado. Un buen presagio, decido. Desde el asiento trasero de una limusina Lincoln, contemplo la espumosa costa del lago Michigan y ensayo mentalmente lo que diré. *¡Vaya! Estoy abrumada. ¡Qué honor! Jamás reemplazaré a mi madre, pero haré lo imposible por sacar adelante la compañía.*

La cabeza me da punzadas, y me maldigo de nuevo por haberme bebido ese maldito champán. ¿En qué estaba pensando? Me encuentro mal; y no sólo físicamente. ¿Cómo he podido hacerle eso a mi madre? ¿Y cómo puedo siquiera esperar que mis hermanos me tomen ahora en serio? Cojo la polvera del bolso y me aplico unos toquecitos de polvos en las mejillas. Hoy debo parecer competente y serena; como corresponde a una consejera delegada. Mis hermanos necesitan saber que puedo controlar el negocio, aunque no siempre sea capaz de controlar el alcohol. ¿Estarán orgullosos de su hermana pequeña, que pasará de ejecutiva de cuentas a presidenta de una gran compañía a la edad de treinta y cuatro años? Pese a la debacle de ayer, creo que sí. Ellos tienen sus respectivas profesiones y, al margen de sus acciones, apenas se implican en el negocio familiar. Y Shelley es logopeda y una mami ocupada. Le importa un comino quién dirige la compañía de su suegra.

Es Catherine la que me da miedo.

Licenciada en la prestigiosa Escuela de Negocios Wharton de Pensilvania y miembro del equipo estadounidense de natación sincronizada durante los Juegos Olímpicos de 1992, mi cuñada tiene la inteligencia, la tenacidad y la ventaja competitiva para dirigir tres compañías simultáneamente.

Durante los últimos doce años ha ostentado el cargo de vicepresidenta de Cosméticos Bohlinger y ha sido la mano derecha de mi madre. Sin Catherine, Cosméticos Bohlinger habría seguido siendo una empresa artesanal pequeña, aunque, eso sí próspera. Cuando se incorporó, fue ella quien convenció a mi madre de que expandiera su línea. A primeros de 2002, se enteró de un episodio nuevo que iba a emitir Oprah Winfrey llamado «Mis cosas favoritas». Durante veintiuna semanas seguidas, Catherine envió paquetes exquisitamente envueltos de jabones y lociones orgánicos de Bohlinger a los Estudios Harpo, junto con fotos y artículos sobre la compañía de productos puramente naturales y ecológicos. Justo cuando estaba preparando el vigésimo segundo envío, llamaron de los estudios. Oprah había elegido la mascarilla facial orgánica de té negro y pepita de uva entre sus productos favoritos.

El episodio se emitió y el negocio se disparó. De pronto todos los *spas* y almacenes de calidad pidieron la línea Bohlinger. La producción se cuadruplicó en los primeros seis meses. Tres grandes compañías ofrecieron cantidades astronómicas de dinero para adquirir la empresa en el acto, pero Catherine convenció a mi madre de que no vendiese. En lugar de eso abrió tiendas en Nueva York, Los Ángeles, Dallas y Miami, y dos años después expandió el negocio a los mercados internacionales. Aunque me encantaría pensar que mi destreza publicitaria tuvo algo que ver en ello, la compañía se convirtió en una empresa multimillonaria principalmente gracias a Catherine Humphries-Bohlinger.

Es innegable. Catherine es la abeja reina, y como directora de *marketing* yo he sido una de sus leales abejas obreras. Pero en cuestión de minutos, nuestros roles se habrán invertido. Me convertiré en su jefa; una idea que me aterra.

En junio pasado, cuando mi madre estaba en pleno tratamiento y su presencia en Cosméticos Bohlinger era esporádica, Catherine me llamó a su despacho.

—Es importante que aprendas los entresijos de la empresa, Brett —dijo, sentada tras su escritorio de cerezo con las manos entrelazadas frente a sí—. Por mucho que queramos negarlo, nuestras vidas van a cambiar. Tienes que prepararte para asumir tu papel.

¡Catherine creía que mi madre iba a morir! ¿Cómo podía ponerse en lo peor? No, era realista y casi nunca se equivocaba. Me recorrió un escalofrío.

—Lógicamente, en cuanto fallezca, todas las acciones de tu madre serán para ti; al fin y al cabo, eres su única hija y la única de sus hijos que está en la empresa. Además, has trabajado codo con codo con ella más tiempo que nadie.

Se me hizo un nudo en la garganta. Mi madre solía alardear de que me incorporé a la compañía cuando aún llevaba pañales. Me metía en la mochila portabebés y nos íbamos a ofrecer sus jabones y lociones a las tiendas locales y mercados agrícolas.

—Y, como accionista mayoritaria —continuó Catherine—, te corresponde su cargo de consejera delegada.

Algo en su tono frío y comedido hizo que me preguntara si esto le molestaba. ¿Y quién podría culparla? Era una mujer brillante. Y yo... yo casualmente era la hija de Elizabeth.

—Te ayudaré a prepararte; no quiero decir que no lo estés ya. —Tecléo y abrió el calendario de su ordenador—. ¿Qué te parece si empezamos mañana a las ocho en punto de la mañana? —No era una pregunta, era una orden.

Así que cada mañana me senté en una silla al lado de Catherine y le escuché mientras me explicaba las ventas en el extranjero, los sistemas tributarios internacionales y el funcionamiento cotidiano de la compañía. Me envió a un seminario de una semana de duración a la Escuela de Negocios de Harvard para ponerme al día en las últimas técnicas de gestión, y me inscribió en talleres *online* sobre temas que abarcaban desde la racionalización presupuestaria hasta las relaciones entre em-

pleados. Aunque en muchas ocasiones me sentí saturada, en ningún momento me planteé dejarlo. Será un honor llevar la corona que en su día fue de mi madre. Sólo espero que mi cuñada no acabe enfadándose cada vez que se le pida que ayude a sacarle brillo.

El chófer de mi madre me deja en E. Randolph Street 200 y alzo la vista hacia la estructura de granito y acero del Aon Center de Chicago. La zona de oficinas de este lugar ha de ser brutal. Es evidente que el abogado de mi madre no es manco. Me dirijo a la trigesimosegunda planta, y, a las diez y media en punto, Claire, una atractiva pelirroja, me acompaña al despacho del señor Midar, donde mis hermanos y sus esposas ya se han reunido alrededor de una mesa de caoba rectangular.

—¿Le apetece un café, señorita Bohlinger? —me pregunta Claire—. ¿O un té quizá? ¿Agua mineral?

—No, gracias. —Encuentro un sitio libre al lado de Shelley y miro alrededor. El despacho del señor Midar es una impresionante mezcla de lo antiguo y lo moderno. El espacio en sí huele a modernidad, todo es mármol y cristal, pero él lo ha suavizado con alfombras orientales y varios muebles antiguos exclusivos. El resultado es una luminosidad balsámica.

—Bonito lugar —comento.

—¿A que sí? —dice Catherine desde el otro lado de la mesa—. Me encanta la arquitectura de Stone*.

—A mí también. Y en este edificio hay suficiente granito para abrir una cantera.

Catherine se ríe entre dientes, como si yo fuese una niña pequeña que acaba de contar un chiste.

—Me refería a Stone. Edward Durell Stone —me dice—. El arquitecto.

—¡Ah, vale! —¿No hay nada que esta mujer no sepa? Aunque en lugar de impresionarme, la inteligencia de Catherine hace que me

* Juego de palabras con la palabra *stone*, que en inglés es piedra y aquí se refiere también a Edward Durell Stone, el arquitecto estadounidense practicante del modernismo romántico que vivió de 1902 a 1978. (*N. de la T.*)

sienta una ignorante, su fortaleza hace que me sienta débil y sus aptitudes hacen que me sienta más inútil que una faja reductora en el cuerpo de Victoria Beckham. Quiero mucho a Catherine, pero es un amor que está empañado por la intimidación; no sé si resultado de mi inseguridad o de la arrogancia de ella. Mamá me dijo en cierta ocasión que yo era igual de inteligente que mi cuñada pero que sólo tenía una pizca de su confianza en sí misma. Entonces me susurró: «Y a Dios gracias». Fue la única vez que la oí hablar mal de Catherine la Grande, pero esa única afirmación exenta de censura me reconforta enormemente.

—Fue originalmente construido para la Standard Oil Company —continúa Catherine, como si me interesara—. En 1973, si no me equivoco.

Jay rueda su silla hacia atrás, fuera del campo de visión de Catherine y finge un bostezo exagerado. Sin embargo, Joad parece fascinado con el parloteo de su mujer.

—Muy bien, cariño. Es el tercer edificio más alto de Chicago —asegura Joad, mirando a Catherine como si buscara corroboración. Aunque mi hermano mayor es uno de los arquitectos jóvenes más valorados de la ciudad, me da que también se siente un poco intimidado por la potencia de la mujer con la que se casó—. Sólo superado por la Torre Trump y la Torre Willis.

Catherine me mira.

—La Torre Willis, ya sabes, la antigua Torre Sears.

—¿La Torre Sears? —pregunto mientras me froto la barbilla con fingida confusión—. ¿Para qué querrán unos grandes almacenes una torre entera?

Jay sonrío desde el otro lado de la mesa, pero Catherine me mira como si no estuviese del todo segura de que bromeo antes de reanudar su lección.

—Este lugar tiene ochenta y tres plantas sobre el nivel de la calle...

La partida de banalidades arquitectónicas finaliza cuando se abre la puerta y, como una exhalación, entra en la sala un hombre

alto y desaliñado, un tanto jadeante. Aparenta unos cuarenta. Se atusa el pelo moreno y se endereza la corbata.

—Hola a todos —dice mientras camina hacia la mesa—. Soy Brad Midar. Lamento haberles hecho esperar. —Bordea la mesa a zancadas para estrecharnos la mano a todos mientras nos presentamos. La intensidad de su mirada se ve atenuada por un ligero apiñamiento de sus dientes frontales, que le confiere un atractivo auténtico y juvenil. Me pregunto si mis hermanos piensan lo mismo que estoy pensando yo. ¿Por qué contrató mamá a este chico, un completo desconocido, y no al señor Goldblatt, que ha sido el abogado de la familia durante años?

—Vengo de una reunión en la otra punta de la ciudad —dice Midar, y encuentra su butaca en la cabecera de la mesa, en diagonal a mí—. No pensé que se me haría tan tarde.

Deja una carpeta de papel manila encima de la mesa. Lanzo una mirada a Catherine, con su bloc y su bolígrafo a punto, y me muero de vergüenza. ¿Por qué no he pensado en tomar notas? ¿Cómo demonios voy a dirigir una compañía entera cuando ni siquiera me acuerdo de coger mi bloc de notas?

El señor Midar carraspea.

—Déjenme que empiece por decirles lo mucho que lamento su pérdida. Elizabeth me caía muy bien. Nos conocimos el pasado mayo, justo después de ser diagnosticada, pero de algún modo tengo la sensación de que la conocía desde hacía años. Ayer no pude estar mucho rato en la comida funeraria, pero asistí al funeral. Quiero pensar que fui en calidad de amigo, no de abogado.

Enseguida me cae bien este abogado atareado que sacó tiempo para asistir al funeral de mi madre, una mujer a la que conocía desde hacía apenas dieciséis semanas. Pienso en el abogado que hay en mi vida, mi novio Andrew, que conocía a mi madre desde hacía cuatro años, pero fue incapaz de hacer un hueco en su agenda para acudir a la comida de ayer. Reprimo el dolor en mi pecho; después de todo, estaba en medio de un juicio. Y se escapó para asistir al funeral.

—Dicho esto —continúa el señor Midar—, es para mí un honor ser el albacea de su patrimonio. ¿Empezamos?

Una hora después, las organizaciones benéficas predilectas de mi madre son considerablemente más solventes, y Jay y Joad Bohlinger tienen dinero suficiente para pasar el resto de sus días instalados en una locura ociosa. ¿Cómo hizo mamá para amasar semejante fortuna?

—Brett Bohlinger percibirá su herencia más adelante. —El señor Midar se saca las gafas de lectura y se me queda mirando—. Aquí hay un asterisco. Luego explicaré esto con detalle.

—De acuerdo —digo, rascándome literalmente la cabeza. ¿Por qué no quería mamá darme hoy mi herencia? Quizá lo explique en ese pequeño diario rojo que me ha dejado. Y entonces caigo. Me quedaré con la compañía entera, que a día de hoy vale millones. Aunque sabe Dios qué tal irá bajo mi dirección. Siento un dolor sordo en las sienes.

—A continuación viene la casa de su madre. —Se coloca las gafas de lectura encima de la nariz y busca en el documento el punto en cuestión—. «La casa de North Astor Street, ciento trece, y todo su contenido deben permanecer intactos durante doce meses. Ni el inmueble ni su contenido pueden venderse ni alquilarse en este tiempo. Mis hijos pueden vivir en la casa no más de treinta días consecutivos y pueden disponer de cuanto hay en ella para su uso personal.»

—¿Va en serio? —pregunta Joad, con la mirada fija en el señor Midar—. Tenemos nuestras propias casas. No hay ninguna necesidad de mantener la suya.

Noto que me arde la cara y dirijo la atención a mis cutículas. Está claro que mi hermano cree que soy copropietaria del *loft* que comparto con Andrew. Aunque he vivido allí desde que mi novio lo compró hace tres años, y he metido más dinero en la vivienda que él, no figuro en el título de propiedad. Técnicamente es suyo. Y a mí la verdad es que no me importa. Para mí el dinero nunca ha sido un problema como para Andrew.

—Es la voluntad de mamá, chico —dice Jay en su afable tono habitual—. Tenemos que respetar sus deseos.

Joad sacude la cabeza.

—Ya, pero es de locos. Doce meses de impuestos desorbitados. Por no hablar del mantenimiento de la vieja reliquia.

Joad heredó el temperamento emocional de nuestro padre: firme, pragmático y carente de sentimentalismo. Su naturaleza impasible puede ser útil, como la semana pasada cuando estábamos organizando el funeral. Pero hoy parece irrespetuoso. Si se le diera carta blanca, seguramente mi hermano plantaría un cartel de se vende en el jardín de mamá y un contenedor de basura en el sendero de acceso al término de la jornada. En lugar de eso, tendremos tiempo para examinar a conciencia sus pertenencias y desprendernos cuidadosamente de cosas suyas, de una en una. A Andrew le parece demasiado tradicional, pero cabe la posibilidad de que uno de mis hermanos incluso decidiese quedarse para siempre con el preciado inmueble de mi madre.

Mamá compró la casa adosada en ruinas cuando se produjo la ejecución hipotecaria, el mismo año en que yo me fui a estudiar a Northwestern. Mi padre se lo recriminó, le dijo que era de locos embarcarse en un proyecto tan importante. Pero en aquel entonces ya era su ex marido. Mamá era libre para tomar sus propias decisiones. Vio algo mágico más allá de los techos podridos y las alfombras hediondas. Se necesitaron años de duro trabajo y sacrificio, pero finalmente su visión y su paciencia se impusieron. Hoy día, el edificio decimonónico, ubicado en el codiciado barrio Golden Coast de Chicago, es una joya. Mi madre, hija de un obrero de la siderurgia, solía bromear diciendo que era como Louise Jefferson, de la serie de televisión *Los Jefferson*, porque había «ascendido» desde su ciudad natal de Gary, en Indiana. ¡Ojalá mi padre hubiese vivido el tiempo suficiente para ser testigo de la espectacular transformación de la casa, y de su mujer, que a mí me parecía que siempre había subestimado!

—¿Está seguro de que estaba en sus cabales cuando hizo este testamento? —pregunta Joad.

Detecto un no sé qué cómplice en la sonrisa del abogado.

—Sí que estaba en sus cabales, sí. Les aseguro que su madre sabía exactamente lo que hacía. De hecho, jamás he visto una planificación tan detallada.

—Continuemos —dice Catherine, la sempiterna directiva—. Nos ocuparemos de la casa cuando llegue el momento.

El señor Midar carraspea.

—De acuerdo. ¿Pasamos ahora a Cosméticos Bohlinger?

La cabeza me va a estallar y noto cuatro pares de ojos clavados en mí. La escena de ayer aparece de nuevo y el pánico me paraliza. ¿Qué clase de consejera delegada se emborracha en la comida funeraria de su madre? No merezco este honor. Pero ya es demasiado tarde. Al igual que una actriz nominada a un Oscar, procuro que mi cara sea la imagen de la neutralidad. Catherine está sentada con su bolígrafo en mano, esperando para tomar nota de hasta el último detalle de la oferta empresarial. Más vale que me vaya acostumbrando. Subordinada o no, esta mujer me vigilará durante el resto de mi carrera.

—«Todas mis acciones de Cosméticos Bohlinger, así como el cargo de consejera delegada, serán para mi... —*Actúa con naturalidad. No mires a Catherine*— nuera —oigo, medio alucinada— Catherine Humphries-Bohlinger.»